

desde el final de la guerra mundial: el acuerdo era una actualización de todos los pactos y textos anteriores). Estas bases son consideradas como «instalaciones comunes de defensa». Desde el 26 de julio, Turquía comenzó a exigir solicitud de autorización para los vuelos de aviones de Estados Unidos a partir de esas bases, los militares de Estados Unidos se veían privados de sus derechos de extraterritorialidad en lo que se refiere a pago de aduanas y quedaban dependientes de los tribunales turcos en caso de delito. Una medida que parecía ser el principio de otras, hasta la retirada total de las bases: algo que la opinión pública lleva años solicitando. No solamente la presencia de militares de Estados Unidos no es bien tolerada, sino que además se teme que en caso de guerra Turquía sería la primera nación barriada del planeta por su poderoso vecino, la URSS. Una gran corriente de opinión requiere habitualmente, también, que se mejoren las relaciones de toda índole con la Unión Soviética: Turquía tiene derecho —dicen— a beneficiarse de la coexistencia, sobre todo teniendo tan importante frontera con la URSS, pero las bases americanas son un obstáculo permanente. En este momento, incluso quienes con más fervor habían defendido la alianza militar con los Estados Unidos se están volviendo en contra. Algunos, incluso, han indicado que comenzaba una nueva era en la política exterior de Turquía, y una independencia más fuerte de su política internacional y nacional (muchos movimientos políticos interiores están yugulados, como en Grecia, por su tendencia neutralista, contra la que se ejerce la presión de los Estados Unidos y sus valedores).

No obstante, las cosas no llegan tan lejos como espera la oposición. Si la bandera de los Estados Unidos se ha arriado en todas las bases, la realidad es que éstas continúan funcionando normalmente, y que en el país continúan, sin que se observe ningún preparativo de marcha, los siete mil militares de Estados Unidos que sirven esas bases. Parece más bien como si el gobierno turco quisiera esgrimir una amenaza política grave para forzar a sus aliados a levantar el embargo y para conseguir nuevas condiciones en la negociación para renovar los acuerdos. Demirel y Ford pueden estar completamente de acuerdo para obligar al Congreso de los Estados Unidos a volver atrás de su posición; pero ninguno de los dos desea (Ford desde luego que no, y no lo oculta) esta neutralización de Turquía. El problema está en saber si el gobierno y los jefes militares turcos, una vez que han dado este paso, más espectacular que real, podrán contener a su oposición. Po-

dría muy bien ocurrir que, al final, las veinticinco instalaciones militares que tienen los Estados Unidos en Turquía quedarán reducidas a diez, o poco más, según la verdadera voluntad americana (para ahorrar y porque la nueva estrategia no requiere tantos puntos como antes). Algunas de estas llamadas bases no son más que pequeñas instalaciones electrónicas servidas por un grupo reducido de técnicos con misión de espiar el territorio de la URSS; podrían reagruparse en las bases grandes que quedasen. De esta manera, el gobierno turco podría presentar a su oposición como una muestra de firmeza el cierre de un cierto número de bases, y el Presidente Ford señalaría al Congreso el ahorro que suponía la reducción...

Turquía solicitó una reunión de urgencia del Consejo de la OTAN, en Bruselas, para darle cuenta de la situación. El representante turco afirmó que estaba seguro de que la cooperación con los Estados Unidos iba a continuar, pero «en otros términos»: es decir, procediendo a una renovación jurídica de los acuerdos que evitase que la alianza pudiera ser alterada o suspendida por el Congreso de los Estados Unidos; concretamente, que estuviera a merced de los «grupos de presión». Pero advirtió que no hay ninguna clase de ultimátum por parte de su gobierno, y que las negociaciones con los Estados Unidos deben continuarse normalmente.

Prácticamente, lo que Turquía estaba asegurando a la OTAN es que no iba a cambiar de alianzas, a neutralizarse ni mucho menos a abandonar sus compromisos con la organización. La confusión entre bases de los Estados Unidos y bases de la OTAN es tan considerable en Turquía como en cualquier otro país del mundo: por lo menos, como cualquier otro país que pertenezca plenamente a la OTAN y tenga al mismo tiempo acuerdos bilaterales con Estados Unidos. Una fórmula sería que las bases que pudieran llegar a suprimirse en este futuro acuerdo aparecieran como bases enteramente de la OTAN y que los militares americanos que sirvan en ellas sean en esta teoría militares de la OTAN.

El problema, sin embargo, va mucho más allá de lo que todos estos juegos de palabras y argucias jurídicas puedan conseguir, más allá de las maniobras de los gobiernos y los Congresos. La hostilidad de Turquía-pueblo hacia Estados Unidos ha crecido enormemente, y el aliento que el gobierno le ha dado en esta especie de «show» de la retirada de las bases ha sido muy profundo. Es muy posible que llegue más allá de lo previsto por Demirel y por los jefes militares del país.

Los CoNteM poRa nEoS

COSAS DE NIÑOS

"Por la bondad de Dios, tenemos en nuestro país estas tres cosas indeciblemente preciosas: libertad de expresión, libertad de conciencia y prudencia para no ejercer jamás ninguna de las dos". Aquel país, este país: los Estados

Unidos de América. Y la escribió Mark Twain, quien publicó su primer libro en 1869. Asombra, a veces leer textos antiguos: muchas de las ideas que parecen fruto de una paciente acumulación de sabiduría se sabían ya, y se ignoraban ya tanto como ahora. Lecciones de humildad para los hombres de nuestro tiempo: lo que creemos saber ya se sabía. Y nuestros retrógrados no lo son con respecto a ahora: lo son con respecto a hace un siglo, a hace veinte. Algunas frases de Mark Twain fueron espantosamente actualizadas por la guerra del Vietnam. Por ejemplo: "La República no está en peligro. La nación ha vendido su honor por una frase: ¡Nuestro país, tenga razón o no!". Ha levantado sus anclas y se halla a la deriva, su timón está en manos de piratas. La estúpida frase necesitaba apoyo y dio lugar a otra: "Aun en el caso de que la guerra sea una equivocación, estamos en ella y hemos de luchar hasta el final; no podemos retirarnos sin honor". Ni siquiera un ladrón podría haberla enunciado mejor. "No podemos retirarnos de esta sordida depredación, porque conceder la paz a aquel pequeño país en sus propios términos —independencia— nos deshonraría." M. T. escribiría, entonces, sobre la guerra de Filipinas.

Este hombre escribió que "ninguna civilización puede ser perfecta hasta que incluya en sí la igualdad perfecta entre el hombre y la mujer". Y escribió: "Rhodesia es un nombre oportuno para esa tierra de piratería y pillaje, y lanza sobre ella la mancha apropiada" comentando la iniciativa de Cecil Rhodes sobre aquel fragmento de África que nunca más ha recobrado la paz ni la justicia. Y dijo en 1906: "Dicen que soy revolucionario por simpatías, nacimiento, crianza y principios. Me pongo siempre al lado de los revolucionarios porque jamás existió ninguna re-

volución sin que existieran previamente circunstancias opresivas e intolerables contra las que rebelarse".

Mark Twain tendría ahora ciento cuarenta años ("De muchas maneras tengo premoniciones de que el

tiempo me empuja inexorablemente hacia adelante. Me acerco al umbral de mi edad: en 1977 tendré ciento cuarenta y dos años", escribía en 1901). Está vivo, y la publicación del libro "Las tres erres" (raza, religión y revolución: es una compilación de sus escritos hecha por Marwell Geismar y publicada ahora en España por Ediciones Guadarrama, Colección Universitaria de Bolsillo, en traducción de Jesús Villa) nos lo aproxima. Es de actualidad universal.

Un curioso destino: Mark Twain está relegado por una cierta sociedad a la condición de autor de libros para niños (Tom Sawyer, Huckelberry Finn) a veces en ediciones curiosamente remodeladas, o en adaptaciones cinematográficas bien privadas de mordiente. No es un destino único. Algunos de sus antecesores, como Daniel De Foe (Robinson) o Jonathan Swift (Gulliver), que escribían con rabia y filosofía exclusivamente para adultos, han sufrido el mismo exilio a las estanterías de la literatura infantil.

Cosas de niños... Es un dictamen de la sociedad. Dejar a estos rebeldes en manos de los niños, como juguetes; es decir, convirtiéndolo su verdad en ficción par ser destruida. Porque los niños lo destruyen todo. En cuanto a su sabiduría, que no haga mella; que se convierta en inútil. El lo sabía. "Ríos de sangre derramada en innumerables campos de batalla, me concedieron la facultad de escribir estas sanguinarias frases en un ambiente de relativa seguridad. Sin embargo, no poseo el más ligero resto de aliento de que mi trabajo haya sido fructífero, de que haya convencido a alguien en pro de la reforma, ni de ninguna otra reacción de alguna manera favorable". Era una carta que escribió en 1890. Hace ochenta y cinco años. ■

POZUELO